

Pandillas Infantiles

Alberto Oriza
Agosto 13, de 2020

Mi bicicleta era más que un transporte, era mi caballo que me llevaba a recorrer el camino a Santa Fe, era mi motocicleta que vencía sin rechistar el salto de la caja de refrescos, haciéndome sentir que volaba en los aires por un aro de fuego, era mi seguro transporte que brindaba la seguridad de quien se sabe con el poder de moverse a velocidades ultrasónicas por la cuadra.

No puedo decir que fuera gran cosa contra las bicicletas de alta tecnología de hoy en día, la mía era en comparación, un torpe dinosaurio de pesado metal, que, si se le ocurría caer sobre mí, requería de toda mi fuerza para equilibrarla nuevamente.



Con su manubrio de cuernos de chivo, frenos por la tracción inversa del pedal, salpicaderas oxidadas que tenían el hueco perfecto para que con una botella de plástico se convirtiera en una motocicleta emitiendo su fuerte tracción, era la pieza perfecta para que explorara el mundo.

Como pasaba con todo en mi infancia, el recorrido para que llegara a mis manos tan precioso transporte, requirió que mi hermano mayor cambiar este artrítico jumento por una delgada y ágil bicicleta de carreras, incluso tenía diez velocidades, eso le dio a mi hermana la posesión del gigante azul lleno de cicatrices testimonio de la infancia, pero como entraba a la edad de la vanidad, cayó en mis manos.

Orgullosa, mi madre me dio la patente de curso del uso de este vertiginoso vehículo,



dejando al olvido mi

pequeña bicicleta que aun guardaba volteadas las rueditas de equilibrio para aprendiz que solo mi hermana menor aun usaba.

Tener una bicicleta grande no solo me daba libertad, sino que

me ponía en ventaja con mis compañeros que poco a poco fueron ingresando a nuestra banda de motociclistas que asolábamos el vecindario.

Mi hermano menor, que además de no contar con un transporte de nuestro nivel, por su tamaño, no podía seguirnos el paso, era compensado como mi copiloto permanente, sentado en los grandes tubos del volante, siendo mi compañero de no sé cuántas tropelías.

Con el en posición de vigía, servía lo mismo para sostener las tortillas en nuestro obligatorio recorrido diario, que para sostener el palo que como espada nos permitía derrotar a cualquier otro caballero que quisiera enfrentarnos, no sé cómo, pero aceptaron que, en nuestras justas medievales en bicicleta, el fue reconocido como parte de la bicicleta, con lo que era el rey de las justas.

Pero nunca falta en las palomillas infantiles las bandas enemigas que ya sea por afrentas como penetrar su territorio o haber ofendido a su clan con una victoria de nuestra parte en el partido de futbol de la semana pasada, acechaban al que en desventaja numérica tenia que pasar por sus territorios. Cosa que me ocurría seguido por el cumplimiento de los mandados cotidianos y a los que mis padres nunca comprendieron el riesgo al que me lanzaban.

Solo por medio de la gran velocidad de mi vehículo, en combinación con el par de ojos adicionales de mi eterno compañero, nos salvo de ser emboscados y maltratados por la peligrosa banda de “Carreta”, con quien teníamos jurada la animadversión. Viajando como bólido, atravesaba sus andadores, procurando empequeñecerme y que la velocidad no les permitiera verme cruzar, pero este plan no siempre funcionaba.

En cierta álgida época, donde el futbol americano se tornaba de moda, propinamos a esta banda rival una paliza, donde hasta mi hermanito les anotó y dejó en ridículo al rechoncho líder contrario. El encuentro terminó no solo en puños, sino en la cantada advertencia de que pagaríamos la afrenta con sangre.

Esa semana, pese a los rodeos para llegar a la tortillería, sentía la continua vigilancia de los malévolos enemigos, que no salían de su territorio, pero en paralelo me observaban. Cierta día que mi deber de llevar los achatados panes se había atrasado por un importante ataque en paracaídas de mis Aventureros de Acción, tuve que tomar la valiente decisión de atravesar carreta pues no tardaba en llegar mi progenitora y ante ausencia de este complemento alimenticio, me nutrirían con senda vapuleada, por lo que tenía que ser más que rápido.



Mi pequeño guía montado en el manubrio estudiaba minuciosamente el terreno, buscando posibles enemigos que nos embestirían apenas atravesáramos, pero ya sea por la hora, la velocidad o la gracia de nuestro Señor, llegue a salvo por el correspondiente kilo y medio de tortillas. Era tal el apuro que omitimos el obligado taco con sal que debía ser parte del ritual, pero el tiempo apremiaba.

Iniciando la ruta de regreso, apenas entramos al andador de nuestros rivales, las maléficas naves enemigas salieron, librando nuestro paso por centímetros a las

embestidas con las que pretendían derribarnos. Con un ojo ágil y una comunicación perfecta, yo dejaba las piernas en mover el pedal tan rápido que no se veía el círculo que describían, mientras mi pequeño copiloto me indicaba la mejor ruta, usando una entrada de casa, un auto, una jardinera o un bache como el mejor medio de atrasar y evadir a nuestra media docena de enemigos hambrientos de acabar con nosotros.

El destino ya no importaba, lo único que queríamos era librarnos del pelotón que pisaba nuestros pasos, desde pasar debajo del toldo del puesto de la señora de los nopales, hasta brincar por la banquetta levantada por la fuerza de las raíces de un centenario árbol eran soluciones poco eficientes.



Repentinamente, mi pequeño asistente vio un gran jardín rodeado de setos que tenían una entrada a la que podíamos ajustadamente atacar y librar, y al otro lado la bendita salida, la cual daba entrada a nuestro territorio.

Sin mucho pensarlo enfilé al delgado paso, y metiendo las piernas mi copiloto y yo los codos, pasamos con un ligero raspón de las ramas del arbusto. Nuestros perseguidores siguieron nuestros pasos, pero la falta de agilidad que nosotros demostramos, hizo una madeja de metal, brazos y piernas ensartados en los arbustos, lo cual nos permitió respirar, ya estábamos casi en nuestro territorio, solo pasar por la apertura de los setos en el lado contrario. Con felicidad, imprimí velocidad para hacer una entrada triunfal, pero no contaba con los alambres de guía para cerrar el crecimiento de los arbustos, que en nuestra rápida marcha no vimos.

Como si fuera un resorte, el alambre que a mi pecho golpeó, se tensó y me lanzó de espaldas al pasto que había rebasado momentos antes, mientras el peso de la bicicleta rompió las dos líneas de alambre galvanizado, dejando sendos cortes en las piernas del

pequeño, que siguió su recorrido hasta quedar tendido por efecto de una enorme jardinera de cemento, donde el jamelgo de metal perdió la vertical.



Fue tan intempestivo el suceso, que tanto los que formaban momentáneamente de los setos con sus brazos y cabezas como frutos maduros, como de la jocosa acción que ninguno de los que ahí nos encontrábamos maltrechos podíamos levantarnos de la risa.

Finalmente, mis eternos enemigos me ayudaron a regresar a la vida, incluso, juntos recolectamos y limpiamos lo mejor posible las tortillas que habían tapizado el andador y logramos que casi pasara desapercibido a mi madre la aventura, de no ser por los ríos de sangre que no pudimos contener de las piernas de mi hermano.

No se que será de estas generaciones que nunca vivieron la adrenalina de una persecución como esa, pero el recuerdo y las amistades logradas en esos campos de batalla son algo que aun hoy me hacen sonreír desde el alma.